

Juan Fco. Sánchez

Las enseñanzas
de
Krishnamurti



CIUDAD TRUJILLO,
República Dominicana

1948

a Luis G. Pol

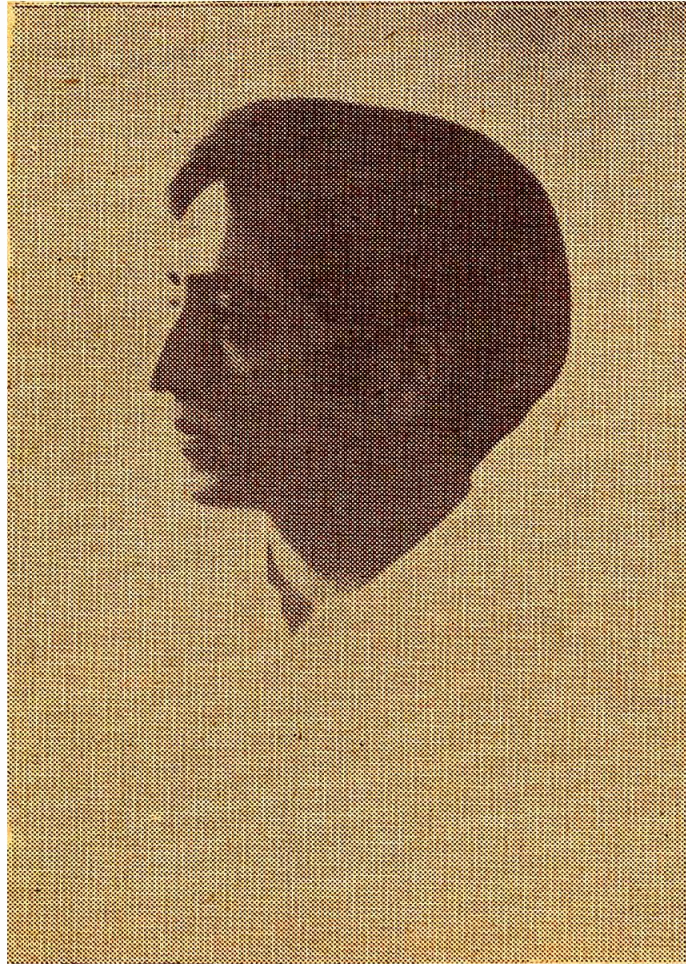
Las enseñanzas
de
KRISHNAMURTI

por
JUAN FCO. SANCHEZ



*Conferencia dictada ante el grupo "Acción
Teosófica" el día 18 de Febrero del 1948.*

*Algunos puntos han sido ampliados para
los fines de la presente publicación.*



J. Krishnamurti

PALABRAS PRELIMINARES

ES TAREA difícil de por sí sola tratar de penetrar en el pensamiento de otro para expresarlo con palabras si es que pretendemos traducir honradamente su contenido intencional, porque, pese a la riqueza de los miles vocablos con que cuenta la lengua, ellos no bastan para expresar con perfección nuestro pensamiento. Mucho menos podrán expresar el pensamiento de otro. Esto lo sabe cualquiera que haya tratado de traducir versos de una lengua a otra; y es que, en verdad, la dificultad no estriba tanto en hallar las palabras propias, sino más bien en captar el contenido vivo que ellas expresan. Esta dificultad sube de punto aún más en este caso mío, en que quiero dar a Uds. una visión de conjunto de uno de esos grandes espíritus —jalones luminosos en el atormentado camino de la humanidad— que aparecen de tiempo en tiempo, cuando una civilización ha caí-

do en bancarrota, y el hombre, ya sin brújula cierta, necesita de un nuevo piloto que lo oriente.

Tal es el caso de Jeddu Krishnamurti, según lo entiendo yo.

Todavía hay otra dificultad en el caso de explicar las enseñanzas de este insigne iluminado, y es la falta de sistematización que se echa de ver en sus enseñanzas. Esto no es, de ninguna manera, producto de ausencia de método, ni tampoco casual; muy al contrario, está hecho con toda intención. K. pone especial cuidado en que su pensamiento no sea tomado como dogma, como cosa fija, extática, cristalizada, invariable, muerta. De aquí que, intencionadamente, él cambie continuamente las palabras para expresar un mismo concepto. Cuando leemos sus escritos, encontramos diez maneras diferentes de enfocar una misma cuestión. El hecho se explica por sí mismo si nos damos cuenta de su misión: él trata de liberar al hombre de todo dogma, de toda religión organizada, de todo pensamiento estancado, de toda esclavitud, de toda explotación.

Estas diferentes maneras de explicar un mismo asunto, que es evidente ventaja cuando lo oímos o lo leemos directamente, se torna desconcertante desventaja cuando tratamos de explicarlo a otro. Ello se debe al método peculiarmente intuitivo que ha adoptado Krishnamurti. En él, ca-

da asunto que surge se resuelve, no por ningún proceso de razonamiento discursivo tendiente a la demostración, sino por la apelación directa a alguna norma central de Verdad que él tiene siempre a mano y que, presentada a nuestra intuición, nos impresiona profundamente. Pero cuando tratamos de explicarlo a otro, sistematizándolo, muchas conexiones que en el discurso aparecen evidentes, tienen que ser ahora lamentablemente traducidas a correlaciones lógicas, a razonamientos discursivos, a argumentos demostrativos, que suprimen la frescura y la eficacia de la captación directa de la visión intuitiva que él nos presenta.

Aún existen varias dificultades más: el hecho de que desde 1921, fecha en que tuve por primera vez noticias de su existencia, su vida ha pasado por una serie ininterrumpida de cambios y actitudes aparentemente contradictorias, lo que ha dado lugar a que los que no pueden entender claramente su misión y su enseñanza, o los que se hallan comprometidos por intereses particulares que él trata de destruir, hayan tejido, —con o sin la ayuda de los periodistas que andan siempre en busca del sensacionalismo—, una cantidad enorme de leyendas fantásticas y contradictorias alrededor de su persona y de su enseñanza, confundiendo lamentablemente al público.

Pero aun existe otra dificultad, y la constituye el hecho de que la gran mayoría de sus en-

enseñanzas están diseminadas en folletos y artículos sobre sus charlas y conferencias por los distintos lugares del globo. A esto hay que agregar, que en el breve espacio de tiempo de una conferencia, no pueden enfocarse los numerosos aspectos de las enseñanzas de Krishnamurti relativas a los problemas sociales, religiosos, políticos, económicos, etc., del mundo. Solamente me limitaré a dar una ojeada general a sus enseñanzas, principalmente al aspecto que se refiere al hombre, su origen y destino. Una vez dicho todo lo que antecede, y después de advertir Uds. que mis palabras tal vez den una versión equivocada de las enseñanzas de K., me permito aconsejarles —si desean tener una visión más auténtica, que lean directamente sus escritos, pues lo que voy a ofrecerles es tan solo mi visión personal, fragmentaria, y aún esto, a título meramente informativo, porque lo probable es que vayan aquí mis ideas mezcladas con las suyas, con el evidente peligro de una falsa interpretación.

ANTECEDENTES

JEDDU KRISHNAMURTI nació en Mayo del año 1895 en Madanapale, departamento de Madrás, India. Octavo hijo de una familia perteneciente a la religión hinduista. Su padre, Jeddu Narahnia, conforme a la costumbre, debía ponerle un nombre en el que estuviese contenido el de nuestro Señor Krishna, por haber sido este insigne Instructor, también, octavo hijo; y así, le puso Krishnamurti, que significa "la faz (o forma) de Krishna". Visto al azar un día por el Obispo Leadbeater, recibió, según declara éste, la orden de los Maestros de Sabiduría, de tomarlo bajo custodia, pues podía ser vehículo apropiado para que por él se manifestara el Instructor de la humanidad, que se preparaba a descender otra vez a los hombres para dar una nueva enseñanza. Así, fué requerido de sus padres, quienes lo entregaron gustosos juntamente con su hermano J. Nityananda. Se educó

primero en la India y luego en Oxford, Inglaterra. En 1910, se fundó la Orden de la Estrella, organización que agrupaba en toda la faz de la tierra a los hombres que creyeran que el Instructor de la humanidad se preparaba a efectuar otra vez una manifestación, y que debían prepararse para recibirlo dignamente.

La Dra. Besant y el Obispo Leadbeater, los dos primeros dirigentes de la Sociedad Teosófica, habían advertido repetidas veces a los teósofos, que estuviesen preparados para comprender la nueva prédica, pues podía acontecer que el Instructor viniese a contradecir en su forma, toda la enseñanza que la Sociedad nos había dado, y a destruir nuestras más caras ilusiones respecto a lo que se nos había dicho que vendría a predicar. Y ocurrió exactamente así. En 1925, cuando habló por primera vez como Instructor, no predicó la Verdad en la forma en que los teósofos consideraban que debía predicarse, sino de una manera especial, nueva, única. Más tarde, disolvía la organización de la Orden de la Estrella de Oriente, por considerar que la verdad no puede organizarse. Pero es necesario ahora hacer un paréntesis sobre la cuestión del Instructor.

EL INSTRUCTOR

DESDE tiempo inmemorial una de las enseñanzas de las religiones, es la de que el hombre, creado por Dios, no está dejado de Su mano, sino que existe una organización, un Consejo Directivo del mundo, un Presidium, o como se quiera llamarle, a que alude la frase "la comunión de los Santos", del credo cristiano, y que en Teosofía se conoce como La Gran Logia Blanca, que vigila la evolución de la humanidad, y que envía de vez en cuando a uno de sus miembros, encargado de esta especial tarea, para instruir a la humanidad cada vez que sea necesario. No se trata de que Dios descienda en persona a la tierra, sino de que uno que fué hombre al igual que nosotros, pero que hace tiempo alcanzó el final de la evolución humana, viene a mostrarnos de nuevo el verdadero camino, exactamente cuando se hace necesario, por haberse corrompido la anterior religión. Así, Hermes Trimegisto, Zoroastro, Krishna, Buda, Cristo... Inmediatamente surge en la mente la pregunta de por qué varían las sucesivas enseñanzas. La respuesta es que en el fondo, no varían. La Verdad es solo Una, y si examinamos con profundidad las prédicas de los Instructores, veremos que en su más profundo contenido son idénticas: la afirmación de que dentro del hombre mora oculta una chispa divina, señal de elevado origen; de que



su fin último es hacer que esa chispa absorba lo imperfecto del hombre material que hay en él; que el mundo material no es sino un aspecto, el más grosero, de la creación, el cual es necesario trascender; que el apego a la materia es un mal; que hay que superar los vicios y desarrollar ciertas virtudes; que todos tenemos un común origen: la Divinidad; que no se ha de hacer a otro lo que no quisiésemos se nos hiciera, etc., etc. El código de moral y el basamento de las verdades fundamentales es siempre idéntico. Solo varía la forma en que es presentada la Verdad única. ¿Por qué? La explicación es lógica. Desde nuestro antepasado el hombre de las cavernas hasta el moderno hombre de ciencia, intelectual o artista, la humanidad ha recorrido un camino de progreso evidente. En el terreno didáctico, podría compararse a la diferencia de instrucción que existe entre el primer curso infantil, donde el niño aprende los primeros rudimentos del conocimiento, hasta la Universidad, de donde sale con las últimas adquisiciones del saber especializado. A nadie se le ocurriría tratar de enseñar la raíz cúbica a un niño de primer grado que todavía no sabe sumar. De idéntica manera, los primeros Instructores de la humanidad le fueron dando a cada raza la Verdad en la forma en que lo permitía el grado de adelanto que había alcanzado. El Instructor no puede darle a la humanidad la Verdad tal como

él la conoce, en su prístino fulgor, no tanto porque el resplandor la cegaría, sino porque ésta no podría comprenderla. Así, se ve obligado a vaciarla en una forma especial para cada edad, la forma que conviene a la mentalidad de esa época y al grado de su desarrollo moral. El Instructor es el creador de una nueva edad, de una cultura nueva. Esta nueva cultura, como toda entidad, nace, crece, alcanza su máximo desarrollo, da su contribución al adelanto de la humanidad, se corrompe (mejor dicho, los hombres la corrompen), decae y finalmente muere. Entonces es necesario que vuelva otro Instructor a barrer con la antigua enseñanza corrompida por sus pseudos seguidores y a dar otra vez la eterna Verdad una nueva forma.

Para purificar la Verdad, debe darle una nueva forma, ofrecer una nueva técnica, "abrir una nueva puerta". Por eso, debe derribar y construir a la vez: "Se os ha dicho . . . , pero yo os digo . . . ". He aquí dos ejemplos:

Sin remontarnos demasiado atrás en el tiempo, examinemos las enseñanzas de Moisés, el conductor del pueblo hebreo, y veremos que van dirigidas al aspecto del hombre que conocemos como Voluntad. Por lo tanto, él presenta a Dios como Voluntad: el Señor, un gran Señor, Jehová, un Supremo Gobernante que impone su divina vo-

luntad en el aspecto de Ley: los diez mandamientos, y la apelación al hombre es la obediencia a Su Ley. Andando el tiempo, el pueblo hebreo corrompió esa Ley, y los sacerdotes judíos comenzaron a fabricar leyes y mandamientos de hombres. Cuando llegó Cristo, había leyes hasta para lo que estaba permitido hacer o no se debía hacer en cada hora del día.

Cristo abolió esto e implantó una nueva enseñanza. El Señor Gobernante Jehová, vengador de adusto ceño y Señor de Ejércitos, fué suplantado por una concepción totalmente diferente en la forma: el Padre. Un Padre que vela por su familia que es la humanidad, donde todos los hombres son hermanos entre sí, y el hijo mayor era el Cristo. La obediencia a la Ley fué suplantada por el amor fraternal, y la unión con Dios se efectuaba por la fé intuicional y devocional. La relación no era ya de siervo a Señor, sino de hijo a Padre; por eso el testimonio cambia: ya no es la justificación por el acatamiento de la Ley, sino la unión fraternal y la unidad con el Padre por el amor y la fé.

Pero, andando el tiempo, ya saben Uds. lo que la religión organizada ha hecho con las enseñanzas del Maestro: el amor fraternal del cristianismo ingenuo ha sido ahogado, y la fé es un río que se ha secado. En su lugar, lo que se ha

puesto es una serie de dogmas fríos y de reglas, convertidos en una carga que ni los mismos sacerdotes pueden llevar. El Cristianismo, no como Verdad, sino del lado de la forma, ya dió su fruto y fué corrompido. Era evidente que se necesitaba la manifestación de un nuevo avatar que volviera a traer la eterna Verdad. Pero, ¿cuál es el nuevo camino? Ya la humanidad no puede ser ordenada conforme a la obediencia a mandamientos fijos, como en tiempos de Moisés. Tampoco en la creencia firme que da la fé cristiana; el propio Cristo, hablando de su vuelta dijo: "Cuando yo vuelva, ¿habrá fé?" En cambio, la razón del hombre ha sido desarrollada hasta un grado tan crítico, que el hombre de hoy exige, para aceptar algo, que este algo sea inteligible, que satisfaga a la inteligencia, a la razón.

A causa de esto, el hombre de hoy no admitiría ningún salvador que lo obligase a obedecer o a creer ciegamente. Ya ha alcanzado un punto de madurez en que sólo le satisfaría ser su propio salvador. De hecho, ningún Instructor, por sí mismo, ha transformado a nadie en ser perfecto. El ha dado la orientación y el discípulo ha hecho el esfuerzo. La orientación, la enseñanza, siempre ha ido dirigida al aspecto de la mente que conocemos como intuición —no a la razón especuladora—, pero la presentación de la doctrina

debe satisfacer a la mentalidad de la época. Doctrina y presentación deben corresponder al desarrollo histórico de la humanidad.

Y aquí viene, queridos hermanos, la novedad principal de la enseñanza de K. Él afirma que el hombre puede realizar la Verdad, o Dios o la Vida —que para él son sinónimos—, solamente al través de la comprensión inteligente. Y se presenta como un ejemplo vivo de ello, habiendo, como el Buda, encontrado la iluminación por mismo. Dentro de sus enseñanzas, el hombre corriente no es un pecador, sino una honda cicatriz de sufrimiento, un esclavo de sí mismo cuya acción ignorante lo lleva a agravar su dolor. El nuevo evangelio que trae no es la salvación del alma del hombre, para redimirla del pecado y quitársela al Diablo, sino la liberación del hombre de la esclavitud del dolor, y de la ignorancia, que es su causante.

HOMBRE Y DOLOR

HAY tres grandes conceptos universales que, una vez bien analizadas conducen al mismo fin. Son Dios, la Naturaleza y el Hombre. Los tres han sido predicados y cada uno de ellos ha sido el eje principal de la enseñanza de algún Instructor en

el pasado, según convenía a la época. Hoy, K. parte del hombre. Para él, el primer hecho es el hombre que sufre; el sufrimiento es la única realidad efectiva de que podemos ser plenamente conscientes; de esta conciencia —dolor, pues, debemos partir. Y ya estamos entrando de lleno en la parte vital de su enseñanza.

Si lanzamos una mirada escrutadora a nuestro alrededor, o tan sólo a nosotros mismos, ¿qué vemos?: un contraste infinito de afanes, desos, lucha tenaz del hombre con el ambiente, con los otros hombres y consigo mismo. Tal lucha se agrava cuando ya el hombre es un poco elevado y es capaz de entrever las excelsitudes de la vida espiritual. Entonces, se encuentra con que no puede realizarla como quisiera. Dice el apóstol S. Pablo: "el mal que no quiero, éste hago, y el bien que quiero, éste no hago, porque hallo que a la ley del espíritu se opone la otra ley de mis miembros". Idéntica agonía expresa San Agustín, de una manera más poética, cuando en sus "Confesiones", hablando de Dios y de la vida espiritual exclama: "Me arrebató a Tí tu propia Belleza, y me arrancó de Ti mi propio peso, arrojándome gemebundo sobre estas bajas cosas", y luego añade, "y el peso eran los hábitos de mi carne". ¿Hay, señores, mayor tragedia para el hombre que ésta de afirmar las verdades de la vida es-

piritual y luego negarlas en la vida diaria? Es el drama del hombre que sufre. Pero, ¿por qué sufre el hombre? ¿Qué es el hombre? Krishna-murti nos dice que para saber esto hay que comprender el significado de la existencia individual, el por qué de la existencia del individuo separado.

NATURALEZA. VIDA, EXISTENCIA

TODA la existencia es un proceso de energía simultáneamente condicionada y condicionante, que, primeramente, en su autodesenvolvimiento, se crea su propia sustancia material.

La Vida, para él, es creación, creación que incluye al creador y a lo creado. Como vemos aquí, la Naturaleza contiene la vida. No es una maldición en sí misma, como ocurre en muchas religiones. K. ha redimido a la Naturaleza de esa maldición que algunos doctores de la Teología le habían echado encima. La Naturaleza contiene la Vida, es decir, todo en la manifestación universal contiene la vida. Cuando esta vida que existe en la Naturaleza se desarrolla y se enfoca el individuo (claro que esto ya ha exigido un proceso de millones de años), entonces la Naturaleza ha completado su obra. Hasta aquí llega la Naturaleza. Todo el trabajo de ella, todo su destino y fun-

ción es crear al Yo, al individuo conciente de sí mismo, que conoce los pares de opuestos, que sabe que en sí mismo es una entidad conciente y separada. Así, la vida en la Naturaleza se convierte en autoconciencia en el individuo. El objeto de ella, pues, es crear esta individualidad separada, conciente de sí misma, que sabe que es diferente de otro, y en quien existe esa distinción de "tu y yo", "lo tuyo, y lo mío". Aquí termina su trabajo.

Si no hubiera nada más, el hombre no pasaría de ser la culminación de la vida animal, y la sentencia del epicureista Menandro: "Comamos y bebamos porque mañana moriremos", estaría justificada. El origen común espiritual sería predica de ilusos, y la fraternidad no sería más que un **modus vivendi** para evitar que nos devorásemos unos a otros. Pero el hombre es otra cosa además de animal que razona, su destino es glorioso y su porvenir no tiene límites. En lo más íntimo de su naturaleza espiritual existe una chispa, todo lo débil que se quiere, al principio, pero que lucha incesantemente por manifestarse. Es la vida, el espíritu divino, la eternidad que después de haberse expresado como Naturaleza, trabaja en el hombre ahora por lograr expresarse plenamente. Procediendo de la divinidad, parecería lógico que esta suprema entidad de tan elevado linaje cam-

peara a sus anchas e impusiera su omnipotencia. Pero desgraciadamente no es así. La tragedia la constituye el hecho de que en el hombre hay "otro" que se resiste, que opone poderosa resistencia a la débil chispa. ¿Quién es ese otro? Veamos.

EL "YO"

ASOMADA la mente al espectáculo del mundo, firmemente apegada a los órganos y funciones de su cuerpo, que es Naturaleza, se convierte en mente animal y fabrica una terrible entidad, que, a pesar de ser una creación suya, es su tirano: el Yo. El Yo no conoce al Espíritu, ni tampoco puede conocerlo. Lo falso no sabe de lo verdadero, las tinieblas no saben de la luz. Prosigamos con atención y veamos cómo se origina este Yo. El cuerpo tiene su sistema nervioso, sus sensaciones de oído, vista, olfato, gusto y tacto. A este grupo le llamaremos sensaciones. Luego viene la percepción, el poder de crear imágenes, la imaginación, con su obligado corolario de la memoria. Más luego existe la mente que piensa o razona, y la conciencia. Todo ello: cuerpo, sensaciones, memoria, percepción, pensamiento, conciencia, va formando esa entidad que se llama el Yo. No es el Yo quien los crea; no es el Yo el que piensa,

siente, percibe y es conciente; es este grupo de funciones, ayudados por la mente concreta que se identifica con ellas, el que crea el terrible fantasma: el pensamiento y la conciencia del "yo soy" separado. El Yo comienza por adquirir, por extraer del ambiente todo lo que cree que hará su bienestar, su felicidad, y por este asimiento, por este continuo desear adquirir y retener, se crea la autoconciencia, el "yo soy" separado. Por eso es que toda autoconciencia es adquisición, conciencia para sí. El Yo no existe por sí mismo, existe sólo al través de la sensación. La consecuencia de esto es que, como no puede conocer la unidad de la vida, y su naturaleza es la conciencia separada, ha de adquirir, poseer, extraer para sí y retener. De ahí que toda donación, todo otorgamiento, signifique para el Yo como un renunciamiento de su ser, un sacrificio, y la muerte se le aparezca como aniquilación. El "Yo" tiende a acumular. Pero, la acumulación de cualidades tampoco es un sendero, porque el yo, como irreal que es, no puede nunca alcanzar la perfección, ni aún en 10.000 vidas. El ego extremadamente desarrollado le llamamos super hombre, pero toda acumulación de cualidades pertenece al "Yo" y es limitación. El agrandamiento del "yo" es el agrandamiento de lo irreal y no resuelve el problema de la imperfección. Es por esta razón que Krishnamurti no hace hincapié en la cuestión de la reencarnación.

La confianza en el porvenir implica posponer el presente, rehuir lo actual, negarlo. Aún con la reencarnación, el problema volverá a presentarse, la posposición no resuelve nada. La bienaventuranza está en el presente, en el eterno AHORA; la inmortalidad; que suprime el tiempo, es libertad, realización del ser, de la Vida. El Yo se crea pues, en la mente que se identifica con los sentidos y su proceso se continúa y se perpetúa al través de la ignorancia de los propósitos y tendencias del deseo. Esto hay que retenerlo bien en la memoria si es que queremos comprender las enseñanzas de Krishnamurti.: el Yo es un "hecho" puesto que existe, pero carece de realidad. Carece de realidad en el sentido de que carece de futuro; tarde o temprano tiene que desaparecer para dar paso a la única realidad: la vida eterna que trabaja dentro del hombre. El hombre liberado no tiene ego.

Pero permitidme una aclaración. El Yo es una creación de la Naturaleza no exenta de sabiduría. En las primeras etapas de la evolución, el egoísmo es francamente una necesidad; sin egoísmo no hubiera podido subsistir la raza humana en sus comienzos. Es el instinto de la propia conservación lo que ampara y preserva al hombre primitivo. Sin esa salvaguardia del cuerpo y sin la afirmación de la personalidad, la raza humana no hubiera podido trasponer la etapa de la

cruenta lucha en los primeros períodos de la evolución. Pero este bien de índole negativa, se torna evidente mal en cuanto el hombre sobrepasa la etapa del salvaje y se inicia el proceso de la auto-inspección, donde la inteligencia analiza e inquiere los motivos del "yo" donde la Vida, como principio, impulsa hacia adelante para superar a la vida como Naturaleza. En el curso fatal de la evolución, el Yo ha de cederle el paso al espíritu. Es esto semejante al caso del niño, que le es permitido aprender a caminar con andaderas, pero que, llegado cierto tiempo razonable, si no las tira, no podrá ser hombre útil. La afirmación del Yo, es el **obstáculo número uno** para todo aquel que intente vivir la vida espiritual, porque él es el que impide al crecimiento del espíritu, el despliegue de la vida en su autodesarrollo. Y esto no es decir nada nuevo. No puede serlo, puesto que es la eterna Verdad que han enseñado todos los Instructores. Por eso, Cristo le dice a aquel joven rico que le pregunta cómo podría alcanzar la vida eterna: "Niégate a tí mismo y sígueme". Negar el Yo, trascenderlo, es el comienzo de toda vida espiritual. Cuando el padre, el esposo, el hermano, el amigo, renuncian a un bien para darlo a la persona querida, el amor nos está dando la primera lección contra el egoísmo: egoísmo viene de Ego, el Yo.

EL CONFLICTO

EL "YO" foco de ambiciones, de deseos de logro, de ansia de felicidad, percibe vagamente que al través de su tragedia debe existir la posibilidad de triunfar, debe haber algo real y permanente; pero lo único real y permanente es la Vida, la Verdad, Dios, y no él.

Dijimos que la eternidad, la energía de la existencia, trabaja en el hombre por romper los muros del Yo y expresarse en su onniabarcante vida, pero que al Yo se le figura esta desaparición de sí mismo como la muerte, la aniquilación. Por tanto, le opone constantemente una **resistencia** a la eternidad que empuja, por así decirlo, desde dentro. Esta lucha es lo que constituye el sufrimiento. Veamos si se puede aclarar esto un poco más. La lucha entre el Yo y la Vida aparece como un deseo contrariado. En la raíz misma del conflicto está el deseo, como un dragón de siete cabezas, porque el deseo es la fuerza de la Vida interna y ha sido generalmente mal comprendido. Si lo examinamos con agudeza y profundidad, veremos que en el deseo por la cosa más trivial existe la raíz de la Vida; lo que ocurre es que el Yo no puede comprenderlo y lo asimila a su afán po-

sesivo, y lo que es raíz de vida y de gozo se transforma en origen de la angustia. Un niño que llora por poseer un par de patines o una bicicleta, está muy lejos de sospechar que en ese momento su Yo ha traducido en afán posesivo el trabajo de la eternidad que mora en él y que lucha por expresarse. Porque, amigos míos, detrás de ese deseo mal comprendido, lo que existe es un anhelo escondido de poseer la felicidad, para lograr la liberación, el gozo final, la paz perdurable. Visto al través del Yo, aparece como afán posesivo, porque su naturaleza es adquisitiva. Claro está, al poco tiempo que el "Yo" logra su objetivo de posesión, ya no le satisface; saciado su deseo de posesión, echa a un lado el objeto. El deseo, mal comprendido, es pues coexistente con la ignorancia, y conduce inevitablemente al sufrimiento, porque, al no poder lograr plenamente su torcida finalidad, se contraría, se convierte en cruel, tiránico, bestial y estúpido. Encadenado y no satisfecho, el deseo contrariado se convierte en obsesión maldita; saciado, en hastío y desilución. Es esa resistencia interior la que traducimos por sufrimiento. De esto nos damos cuenta cuando al actuar en el mundo, encontramos un obstáculo que nos sale al paso, que se nos opone a la realización de nuestro deseo: entonces sentimos el Yo con perfecta claridad. Cuando todo nos va bien o en los momentos de descanso, de éxtasis, al contem-

plaz tranquilos la belleza del paisaje, el Yo se esconde, pareciera que se ha desvanecido; en cambio somos vivamente concientes de él cuando somos contrariados, por que él es, en sí, una resistencia. Es algo análogo a lo que nos ocurre con la salud: no sabemos de nuestros órganos sino cuando están enfermos, cuando ofrecen una resistencia a la función normal.

Ahora bien. En el momento en que confrontamos la resistencia del Yo, la mente entra en conflicto y ¿qué sucede? Veamos:

CONSUELOS. REFUGIOS, PALIATIVOS. PARES DE OPUESTOS

CUANDO surge el conflicto, la inteligencia casi nunca funciona. Es decir, la mente, en vez de funcionar como inteligencia yendo hasta el fondo, penetrando hasta la raíz misma del conflicto para encontrar su causa y solucionarlo, lo que hace es huir, buscar un consuelo, un paliativo, una muleta o andadera que le permita seguir cómodamente hacia adelante. El conflicto crea el temor, y éste, el deseo de seguridad, de autoprotección. Pongamos un ejemplo tomado de los pares de opuestos. Un hombre siente miedo de la oscuridad, o de caer en una tentación, o de otro hombre, o de

cualquiera otra cosa. Pues bien, ante el conflicto, la mente no funciona como inteligencia, y en vez de ir a la raíz del conflicto y desentrañar la causa, el origen de su miedo, lo que hace es tratar de ser valiente, es decir, al miedo, le opone su opuesto que es el valor. Pero esta frenética resistencia que trata de oponer no es una solución, no es tal valor sino temeridad, es otra resistencia; es sólo un sustituto. Todo opuesto no hace más que reafirmar el conflicto: en el mismo momento en que queremos afirmar el valor contra el miedo, estamos obediendo a un instinto de protegernos; pero "instinto de protección" no es otra cosa que el miedo mismo. Así caemos de continuo en un "círculo vicioso". Cualquier esfuerzo que haga la mente en este camino, forma parte de aquello mismo de que trata de escapar. Como no ha ido al fondo del conflicto para encontrar la causa, no se ha liberado, porque no ha comprendido, y su miedo reaparecerá en cualquier otro momento. Algo parecido ocurre con los vicios. Un hombre que tiene el detestable hábito de la bebida o del juego, puede en cierto momento darse cuenta de su esclavitud, comprende que está arruinando su salud y tirando el dinero que ha de menester para su familia y para sí; entonces hace un supremo esfuerzo de voluntad con el propósito de no ceder a las sollicitaciones de su deseo. Es decir, a la **pasión** contrapone la **indiferencia** que es otro opuesto.

Pero esto no soluciona el conflicto, porque lo que ha hecho sencillamente es un acto de represión; esta represión podría compararse a un resorte arrollado, que permanece así mientras mantenemos la fuerza que lo contiene, pero que tan pronto aflojemos, saltará con toda su contenida potencia.

Esto sucede al poco tiempo, porque la Vida no tolera el estado extático de la indiferencia y le obliga a botar hacia adelante, o a rebotar hacia atrás para comenzar de nuevo.

Algo parecido ocurre con dos tipos de hombres: el asceta y el divertido. El tipo del asceta (por supuesto, no me refiero a aquel que por un tiempo se aísla para poder meditar, que eso está bien, sino al que rechaza el mundo), es un hombre que rechaza al mundo porque no puede comprenderlo; es decir: huye de él, se fuga hacia la soledad, decepcionado. El tipo opuesto al del asceta es el del divertido. El divertido, como no puede comprender el mundo, dice: "la vida es una farra y... vamos a no pensar en nada"; es otra manera de fugarse del mundo, esta vez permaneciendo en él. Pero ninguno de los dos puede solucionar su conflicto. Ambos distorsionan y violentan el sentido de la vida. El conflicto surge de miles maneras, en muchas formas, en multitud de oportunidades, pero nunca tenemos el valor de actuar rectamente para solucionarlo, es de-

cir: el Yo nos presenta el paliativo mucho antes que intentemos buscar la solución correcta, y nos lo presenta como una solución. Y el paliativo o el consuelo traen el temor, y el temor conduce a la imitación, a adaptarse a una regla establecida por otro, al deseo de seguridad. De ahí que busquemos un consejo o vayamos tras el sacerdote que nos guíe. Mas, por este camino: huyéndole al conflicto, o tratando de desarrollar el opuesto, o buscando un consuelo, un refugio, el hombre no encontrará nunca la solución del conflicto ni hallará jamás la Verdad y la liberación. El conflicto reside en la dualidad engendrada por nosotros mismos: es una lucha entre nuestros diversos deseos autodefensivos. Estos complejos de deseos tienen su origen en el hecho de que la base de nuestro pensar es el anhelo, el cual crea el "yo". El pensamiento, pues, no puede escapar a las limitaciones de la acción y la reacción hasta que comprenda plena y profundamente el origen y el proceso de su propia atadura.

LA LIBERACION. LA RECTA COMPRESION
DEL SIGNIFICADO DEL DESEO. LA
EXPERIENCIA DE TOTALIDAD

EL CRECIMIENTO del espíritu no puede llegar sino por la liberación del deseo al través de la comprensión de su significado. Y aquí viene la pregunta que naturalmente se hace todo hombre espiritual: ¿cómo, entonces, podremos lograr la liberación? La respuesta es sencilla . . . al parecer; por-entraña una verdadera labor de Hércules: hay que destruir al destructor, el Yo, la conciencia de la individualidad separada, que es el verdadero autor del conflicto, el creador del drama del dolor y la ignorancia. Es una tarea de desgaste, de extrema tensión, de viva inteligencia, de constante buena voluntad, de una sinceridad absolutamente desnuda, de un auténtico amor a la Verdad y a la Vida, de una mente siempre despierta y vigilante.

Para emprender este camino, lo primero que se ha de hacer es no huir ante ningún conflicto. La mente debe encarar el conflicto con absoluta sinceridad, fijaos bien, con absoluta sinceridad. Esto es difícil, por cuanto tenemos el hábito, fuertemente arraigado, de echar la culpa a otro, o de buscar una falsa solución en la huída para refugiarnos en el consuelo. Obrando así, la mente renun-

cia a funcionar como inteligencia y se identifica con el Yo. Pero si tenemos suficiente valor y amor a la Verdad y nos proponemos a actuar inteligentemente yendo hasta el mismo fondo del conflicto, nos encontraremos, detrás de él con el Yo, colocado como terrible cancerbero en la puerta de entrada de la Vida, dispuesto como siempre a cerrarnos el paso. Sin embargo, el paso hay que forzarlo; el mandamiento es: "Guerrero, pelea".

Para ello, el nombre, por fortuna, posee más allá del Yo, la misma Vida que se manifiesta en él como inteligencia pura. Por esa divina facultad, —llamémosla así— el hombre puede examinarse a sí mismo. Aún más, la mente, como inteligencia e intuición puede examinar y juzgar a la mente que funciona del lado del Yo. He aquí cuán maravillosa es la inteligencia, que aún puede hacer objeto de examen a la misma mente. Y este es otro de los puntos capitales de la enseñanza de K. La intuición, funcionando como inteligencia pura, despierta y viva, es el mismo Dios, o la Vida eterna que en su autodespliegue ha llegado a tomar esta forma dentro del hombre; y más grandioso que esto no hay nada, ni existe otra realidad sino ésta; no hay otra realidad distinta de ésta, no hay otro maestro sino éste, no hay otro sendero más que éste. Por eso, K. rechaza convertirse en Maestro y no quiere seguidores, en el sen-

tido sectario. No quiere que haya más seguidores que los seguidores de la Verdad. El que sigue a otro, trata de modelarse conforme al tipo que tiene delante, de copiar un paradigma humano. Al hacer esto, la mente escoge el camino de la imitación y niega a la inteligencia su función creadora. Pero, al contrario, la Vida eterna que anima a la piedra, al árbol, al hombre, es pura creación, viva actividad creadora.

Y ahora nos preguntamos de nuevo, pero, ¿no habrá un Maestro? Por cierto que sí lo habrá. El maestro es cualquiera oportunidad, cualquiera experiencia: el perro flaco que deambula por las calles, el amigo con quien platicamos, el rostro del anciano harapiento (náufrago de una sociedad edificado sobre el instinto posesivo y la explotación), el deudo que muere, un atardecer, un breve instante de arrobamiento de amor, una contrariedad cualquier, una brizna de hierba... En cualquiera experiencia, por fútil que parezca, está escondido el hilo de la Vida, y al irlo destejiendo a la luz de la Verdad, se va deshaciendo el Yo, porque lo falso no resiste el contacto de lo verdadero, las tinieblas se desvanecen ante la presencia de la luz. K. insiste en que cualquiera experiencia es óptima para la búsqueda de la Verdad. Una sola experiencia puede bastar para comprender la Verdad íntegra, si por ella sabe uno liberarse: la Ver-

dad es la liberación de toda experiencia. Por ejemplo: una sola experiencia plena de la "posesión" puede bastar para librarse por completo del problema del poseer o del no poseer, porque el deseo de posesión es el mismo, cualquiera que sea la cantidad de objetos que se posea. A propósito de la renunciación a poseer hay algo muy interesante que decir, porque desde tiempo inmemorial, los instructores han enseñado que el Yo se manifiesta como afán posesivo. Por lo tanto, las religiones de todos los tiempos han impuesto a sus sectarios la práctica de la renunciación al mundo y el voto de pobreza. En la enseñanza de K., claro está, se dice que el Yo, como afán primario de posesión, está atado al objeto de su deseo, y que por lo tanto debe liberarse de este encadenamiento. El hombre liberado, no está apegado a ningún objeto. Pero hay un falso desapego, una falsa indiferencia que hay que examinar. Y aquí viene una maravillosa leyenda que nos cuenta K.

Existió cierta vez un poderoso Rey, inmensamente rico, pero también inmensamente sabio. Este Rey Sabio, acostumbraba recibir todas las tardes, a la hora del crepúsculo y en el jardín de su palacio, a todo aquel que quisiese escuchar su palabra. En una de estas ocasiones, y entre sus oyentes, se encontraba un Sanyassi. (Permitidme aclarar que un Sanyassi, en la India, es un fakir

vagabundo, un religioso que pretende negar el Yo, y que, por lo tanto, ha hecho la renunciación. Por toda posesión, pues, cuenta con dos taparrabos —uno que usa y otro de reserva para cambiar— para cubrir a medias su desnudez, un báculo y una escudilla en la cual recoge las limosnas que le da el pueblo, porque el pueblo es quien mantiene en la India a esta clase de hombres). Pues bien, estaba el Rey Sabio en medio de su plática, cuando algunos servidores vinieron a avisarle que había estallado un incendio en el Palacio. El Rey no se movió ni se inmutó, al contrario, aprovechó la ocasión para decir que ningún bien de los que realmente amaba y poseía podía ser destruído por el fuego, porque estaban en su espíritu; y continuó tranquilamente su plática. Pero el Sanyassi ya no prestaba más atención; estaba turbado e intranquilo, porque había dejado, secándose en uno de los muros del jardín, su otro taparrabo y temía que se le quemase.

He aquí el contraste: el inmensamente rico, el Rey, era el pobre en el espíritu, y el Sanyassi era un falso pobre, puesto que conservaba en su Yo el afán posesivo, que es lo que nos hace ir detrás de las riquezas. La moraleja es esta, que la verdadera pobreza espiritual no estriba en la carencia de posesiones materiales, que es más bien la miseria, sino en la ausencia del afán posesivo, que

es el desprendimiento, el desapego. La raíz de la pobreza verdadera (la que persigue el ideal religioso), está en el espíritu. Es este el significado de la frase de Cristo: "Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos".

La comprensión del problema del poseer trae el desapego, cuyo signo es la sencillez. La riqueza o la pobreza no se refieren a la acumulación de objetos, ni siquiera a la acumulación de cualidades, sino a la experiencia. Aclaremos esto un poco más.

La verdadera sencillez no es una pobreza interior sino que proviene de la riqueza de experiencia. La pobreza de experiencia no es sino una falsa sencillez, que crea, por el contrario, todas las complicaciones de la existencia. Hay una aparente riqueza de experiencia que proviene de su gran multiplicación, hay una aparente riqueza material que proviene de una gran multiplicación de objetos materiales. Estas riquezas que para unos parecen positivas y para otros negativas, no son positivas ni negativas: son nulas, si no se sabe sacar de ellas toda la lección que encierran y desprender su esencia, su significado. Del mismo modo, hay una aparente pobreza de experiencia y una aparente pobreza material. Estas, lejos de multiplicar, se empeñan en reducir, y a su vez, pa-

recen positivas a los unos y negativas a los otros. Pero no son negativas ni positivas sino según la lección que se saca de ellas. La riqueza y la pobreza no son una cuestión de cantidad.

LOS DISFRACES DEL "YO"

VED BUENAS, como el Yo puede disfrazarse tras la apariencia de la pobreza religiosa. Porque hay varios tipos de falsa espiritualidad. Por ejemplo: hay la supuesta espiritualidad del ascetismo. Está incrustada en la mente de muchos la idea de que ser asceta es ser espiritual. Pero un asceta no es en realidad otra cosa que un hombre que siente horror al mundo. Lo rechaza porque no lo puede comprender, y lo abandona porque no puede conquistarlo. Al rechazar el mundo y todas sus experiencias, está rechazando la misma vida.

Hay también el tipo de espiritualidad que espera la intervención milagrosa que le libre de las luchas y sinsabores de la vida. En lugar de esforzarse por regenerarse, por luchar y comprender, el hombre quisiera que ocurriese algo de repente que cambiase totalmente su visión mental. En vez de comprender y vencer el dolor, le gustaría que

una Mano de lo alto calmase el dolor de su corazón y la fiebre de su mente, y le trajese la paz.

Hay además el tipo que trata de imitar. La imitación jamás conseguirá la sabiduría ni la belleza, puesto que es contraria a la vida. Toda imitación es mecánica; pertenece al mundo del dogma, de la tradición estancada, de la limitación, de la vida cristalizada.

Finalmente hay el tipo que pretende evitar la comprensión real y se refugia en un sistema intelectual. Todos los sistemas intelectuales, todas las filosofías son invenciones de la mente. La vida no está sujeta a sistemas, porque está siempre en movimiento, avanzando, esforzándose, creciendo. Sistematizarla, pues, es atarla, negar su cualidad vital. El intelecto puro por sí solo nunca podrá comprender la vida; tampoco su antítesis el sentimiento puro por sí solo.

Para alcanzar la verdad, la liberación de toda experiencia, hay que barrer con toda falsa espiritualidad, comprender el significado del deseo oculto y convertirlo en gozo, en equilibrio de la razón y el amor.

Para ello, hay que vigilar la acción cada acto cotidiano, y discernir entre ellos los que expresan la vida, los que de por sí son inactivos, y los que conducen a la inacción.

a) Los actos inactivos son aquellos con los cuales trata uno de distraerse en sucesión de pasatiempos inútiles. Estos actos se refieren únicamente a lo que no es esencial, y crean así un sufrimiento negativo del cual no se sabe salir. En este estado negativo, todo cuanto se hace, encadena. Ni el amor mismo respeta su propio objeto, que utiliza para su placer.

b) Los actos que conducen a la inacción son aquellos en los cuales se hallan mezclados lo esencial y lo no esencial, lo cual crea el prejuicio y la ilusión. Estos actos están determinados por la pasión, por el violento deseo que tiene el "yo" de durar, de ampliarse, de adquirir cualidades. Aunque estos actos conducen a un estado inactivo, a pesar de todo son ocasión de crear porque provocan un verdadero sufrimiento por medio del cual el hombre puede encontrar una salida. Si corre el riesgo de encadenarse también tiene la oportunidad de liberarse, llegando a hacerse cada vez más conciente de su objetivo. Aquí el amor distingue el sujeto del objeto, y los toma a ambos en consideración.

c) En fin, los actos que expresan la Vida son aquellos que no nacen del sentido del "yo", aquellos que no provienen del deseo que tiene el "yo" de durar y ampliarse, aquellos donde la conciencia misma del individuo ha desaparecido, aquellos

que expresan únicamente lo esencial. No hay que considerar la acción esencial desde el punto de vista de las cualidades, como se hace para los demás actos. No hay que tratar de ningún modo de atribuirle cualidades, porque no las tiene, la acción esencial es una armonía perfecta. No es pues (bien vista), ni acción ni inacción, ya que el conflicto de la acción y de la inacción provenía de las cualidades.

La acción esencial es naturalmente sencilla. Con relación a sujetos y objetos puede parecer negativa porque en ella no hay sujeto ni objeto, sino el amor, esencia de toda cosa. La acción esencial es la ACCION PURA de la conciencia liberada. Krishnamurti a veces la ha definido como "acción sin reacción", es decir: que no genera ninguna causa a cuyo efecto posterior quede atado el individuo. Bien visto, la Vida es la que actúa libre y espontáneamente.

LA LIBERTAD CREADORA

ESTO se comprenderá mejor cuando se explique el concepto krishnamurtiano de actividad pura. Toda cosa existe activamente, pero en el hombre, por ser objeto creado y sujeto creador a la vez, se origina el conflicto que proviene de ser el único agente libre de la Naturaleza, obstaculizando, de hecho, la actividad esencial de la Vida.

-como-existencia que quiere convertirse en Vida-como-Creación. Pero ésta que es su tragedia, es precisamente la gloria del hombre, porque por medio de su libertad potencial puede alcanzar la libertad absoluta convirtiéndose en creador. Ser creador no es más que traducir en Actividad pura su ser íntimo: de Existencia absoluta (objeto) debe convertirse en absoluta Actividad (sujeto puro). Cuando esto ocurra, la Vida-como-Creación se habrá realizado a sí misma por medio de él.

Invirtiéndose ahora los términos, la Vida-como-Creación, que sea había explayado en toda su infinita multiplicidad en la Naturaleza hasta crear el hombre como objeto, retorna, cambia de dirección en un giro sorprendente convirtiéndose en sujeto autoconciente: ¡La Vida se reconoce a sí misma en el acto de creación inteligente! ¡El sujeto se reconoce como Vida él mismo! ¡La Vida-como-Creación es ahora sujevo-vida que se interpreta a sí misma y al Universo en términos de significación ¡El autor del libro se ha convertido en su Lector!

LAS ETAPAS DEL "YO"

PERO antes de apurar así el fruto de cada gesto, los hombres lo ensayan todo en su deseo de ser dichosos. Unos tras otro, abandonan el objeto de su deseo por la decepción, y limitados por

la mediocridad de sus ambiciones, pasan de una a otra satisfacción.

a) Primeramente, creen descubrir la felicidad en la posesión de bienes materiales y placeres sensuales. Esta posesión se convierte en un continuo lograr, hastiarse, desechar y nuevamente desear.

b) Si no encuentran en ello la felicidad que buscaban, vuelven sus deseos hacia algo más refinado: los llamados bienes espirituales. Esperan así encontrar la felicidad en un mundo que creen ser real, pero que no es sino artificial, porque está creado por sus propias esperanzas interesadas y por su propia fantasía. En este mundo desprovisto de realidad, se colocan las creencias de toda especie, el ocultismo y el misticismo.

c) Espoleado por el sufrimiento, el hombre busca la Verdad eterna, y cae en una última trampa. Ha aprendido que todo sostén externo, todo cuanto es apoye en una autoridad no puede conducirlo hacia su fin. Se desprende entonces resueltamente de todos los objetivos y se repliega a su ser interno donde espera descubrir la Verdad. Allí le acecha la última decepción; porque en esta prisión sutil encontrará al "yo".

Puede ser que entonces, decepcionado, el hombre se desprenda de todo, ya no tenga confianza en nada, y se abandone a la indiferencia.

Entra así en el mundo de la muerte psíquica, en el mundo de la nada. Es en este momento cuando debe hacer el último y supremo esfuerzo para salirle al paso a la Verdad que consumirá su ser. Está en fin, listo para descubrir la Realidad que contiene la negación y la afirmación, ese Absoluto que no conoce grados, que es el Ser puro, Dios, la Verdad, la Vida (que, para Krishnamurti son sinónimos).

Este es el momento crítico en el cual tiene que tener valor ("El Reino de los Cielos lo arrebatan los valientes", dijo Cristo). Si tiene fuerzas suficiente, se desprende del "yo" y entra en el vacío del éxtasis, de la soledad, terrible estado en que uno es todo y todo es uno, pero que si logra mantenerlo, le traerá la dicha eterna, la identificación con la misma Vida. Si no tiene fuerzas suficientes, recaerá en el Ego, vuelve al mundo de la ilusión. Yo supe de un amigo suramericano, amigo de Krishnamurti, que logró llegar a este estado de vacío previo a la liberación, pero no tuvo fuerzas para "soltar las amarras".

LA ACTITUD FUNDAMENTAL

POR ESO, es fundamental la estrecha vigilancia del Yo, de cada acto, motivo, de cada oculto deseo en nosotros mismos. Para lograr esto, hay que des-

arrollar lo que K. llama "mente alerta"; es un estado de la mente en que la inteligencia se mantiene siempre despierta, atenta y vigilante, —aunque en estado pasivo—, para examinar todos los sutiles rincones del Yo a la luz de la intuición. Krishnamurti compara este estado a una "meditación activa", que se puede practicar en cualquier momento y en cualquier sitio: en la calle, en el teatro, mientras trabajamos. Con ello, da un nuevo concepto a la meditación, que siempre fué entendida como el proceso de fijar la mente en un objeto, en silencio, encerrados en nuestra habitación, en estado de reposo. Tampoco se trata de esa introspección morbosa de los que se solazan en sus propias fantasías. El estado de "mente alerta" es la actitud genuinamente honrada por la cual la inteligencia tira violentamente de los disfraces del propio "yo" y lo deja en toda su vergonzosa desnudez. En ese preciso momento, ella puede descubrir el significado del deseo al través de la experiencia: en la entraña de la ostra está la perla.

Cuando ya tenemos cierta práctica en esa clase de meditación, las posibilidades se ensanchan, pues en la **relación de convivencia** el "yo" del otro reacciona a nuestras acciones, ideas y sentimientos, pudiéndonos servir de **espejo** para la autorevelación de nuestro propio "yo" y también para la comprensión del "yo" ajeno.

El principio de la "meditación activa" descubre la vanidad del "yo" y los ocultos propósitos del deseo. El "yo" se crea hábilmente su propia técnica para lograr su objetivo, y el mecanismo que emplea para apropiarse el deseo es difícil de descubrir porque ya estamos condicionados por él desde niños. Para descubrir su génesis, la inteligencia debe funcionar como "mente alerta"; los pensamientos y deseos deben ser analizados cuidadosamente, no después que nos hayan atrapado, sino aún en el mismo instante de brotar. El examen del deseo al través del "yo" tiene dos finalidades: una es la comprensión de su irrealidad, la otra, la comprensión del significado de la vida. Para ello, cualquiera experiencia sirve, porque —aquí viene otro punto capital de las enseñanzas de Krishnamurti:— **el carácter de la Vida es totalitario**, es decir, que en la Naturaleza entera, en cada objeto de ella, en el hombre sobre todo, y en cada acto suyo, puede estar contenido, íntegro, el sentido de la vida. Los aspectos son millares, pero en cada uno de ellos está contenida la Vida. De aquí que, si le extraemos el verdadero sentido a una experiencia y la interpretamos en términos de su significado, **una sola experiencia fundamental de nacimiento**, amor o muerte puede bastar para liberar al individuo, como lo vimos en el caso de la posesión. Si lo examinamos bien, en una experiencia del nacimiento, amor o muerte, existen go-

zo tierno, alegría, contacto con el brotar de la vida, éxtasis de arrobamiento, anhelo de fundirse en una sola alma con el ser amado, o temor de dejar de ser, pena por creer que la unión se ha roto, añoranza... es decir, en el fondo, oculta, está la Vida, luchando por expresarse plenamente en su esfuerzo por crecer y manifestarse al fin libre. Porque detrás de la forma evolucionante se desenvuelve la Vida eterna, la Vida divina. Esta Vida penetra la totalidad de la Naturaleza, que no es más que el polícromo vestido que se ha confeccionado. Pero, para los ojos del que vé, la Vida eterna vive en la belleza de la flor, en la fuerza del árbol, en la gracia y agilidad del animal, así como el corazón y en el alma del hombre. Es causa de que ella quiere manifestarse plena y libremente, que la vida entera presiona por todas partes hacia adelante y hacia arriba. Pero esta energía que se autodesarrolla, es entendida por la conciencia como deseo, y este afán posesivo condiciona y determina el pensamiento y la emoción, privando a la mente del discernimiento. De aquí, que la labor de aquel que pretenda buscar la Verdad deba comenzar por mantener la mente **siempre alerta** para reconocer el significado del deseo **en su último propósito** y descubrir el sentido de la Vida fuera y dentro de él, es decir: la primera etapa es la de desarrollar la autoconciencia agudamente, primero hay que ser finamente autoconcientes, que el

contacto con la Verdad por medio del discernimiento y la comprensión irá desgastando el Yo. De esta manera, podremos ir guiando el deseo hacia aquel amor y pensamiento impersonales que todo lo abarcan, todo lo comprenden, y que descubren la Vida eterna por doquiera para identificarse con ella.

Dicen algunos krishnamurtianos que ya han alcanzado siquiera por un momento el estado de liberación, que en ese momento, al perder el Yo y unirse con la Vida, el hombre **realiza** la verdad de que todo el universo es uno, de que el hombre y la piedra y el pájaro, y el agua y la amada, el bueno y el malo, todo es uno, porque no hay más que una sola Vida, y como la mente ha cesado de funcionar en su tarea de dividir los objetos para poder pensarlos, el tiempo queda suprimido, y se vive la certeza de que el tiempo no existe, que es solo una noción, de que nunca se puede dejar de ser, que la muerte es un engaño, y la Vida continua, eterna, libre y gozosa, la única Realidad.

Muchas gracias.

